

JULIÀ D'ALLER SJ

RELACIÓN

QUE EL PADRE JULIÁN DE ALLER, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, DE LA PROVINCIA DEL PERÚ Y SUPERIOR DE LA NUEVA MISIÓN DE LOS INDIOS GENTILES DE LAS DILATADAS TIERRAS DE LOS MOJOS QUE CONFINAN CON LAS DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA Y SE DIÓ PRINCIPIO POR EL AÑO DE 668 A INSTANCIAS DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR CONDE DE LEMOS, VIRREY DE DICHO REINO, LE HACE AL PADRE LUIS JACINTO DE CONTRERAS, PROVINCIAL REELECTO DE DICHA PROVINCIA DEL PERÚ, SU FECHA A 9 DE SETIEMBRE DE 668

INTRODUCCIÓN

DATOS BIOGRÁFICOS

Aunque se trata de una figura poco conocida, en los últimos años han aparecido dos síntesis sólidas, que aquí nos limitaremos a extractar.

El P. Julià d'Aller (lo escribimos así, según la forma catalana que pide su lugar de nacimiento, aunque en su tiempo y en ambas orillas del Atlántico reinaba la españolización a mansalva de este tipo de signos de identidad) vió la luz en Valencia en 1618; no sabemos nada del ambiente familiar, ni de la personalidad de sus padres, ni del apellido materno; tampoco, de los estudios que cursó. Ingresó en la Compañía de Jesús en el noviciado que la Provincia de Aragón tenía en Tarragona (1635); después siguió los estudios filosóficos y teológicos en lugares que ignoramos; pero sí sabemos que recibió la ordenación sacerdotal en Barcelona hacia 1645 (o antes).

Ese mismo año fue destinado a la Provincia del Perú, llegando a Lima en 1646; inmediatamente pasó a Juli, donde se puede suponer que llevó a cabo su Tercera Probación y estudió la lengua aymara; aunque no tenemos una cronología sólida, sabemos que fue superior de la misma casa (donde habría permanecido por lo menos hasta 1654, fecha de sus Últimos Votos); posteriormente fue Rector de los Colegios de Potosí y La Plata (donde, según Streit, también habría desempeñado la Cátedra de Qhishwa). En calidad de Rector asistió en 1668 a la Congregación Provincial que tuvo lugar en Lima; allí mismo, por instancia del Virrey Conde de Lemos, el P. Provincial Luis Jerónimo de Contreras lo envió a Mojos como Superior de los otros dos jesuitas que sobre el terreno debían explorar las posibilidades de fundar reducciones entre los indios de aquellos llanos. Éste es el momento de la vida de Aller que podemos ver reflejado en la **Relación** que publicamos a continuación, como que fue escrita apenas tres semanas después de su llegada al escenario mojeño.

Su estadía entre los Mojos sólo habría durado hasta 1673, cuando fue nombrado Rector del Colegio de La Paz; allí falleció ese mismo año, a los cuarenta y cinco años de edad (Sommervogel 1960, I, 182-183; VIII, 1610; Streit 1916, II, 572-573, n° 2034; DHSJ, I, 77-78; DHB, I, 91-92).

LA 'RELACIÓN'

Para interpretar y evaluar correctamente esta pieza de la Historiografía mojeña hay que recordar dos circunstancias: por una parte, que prácticamente no existían antecedentes de conocimiento de las etnias mojeñas; por otra, que su autor era un novato absoluto en la región; finalmente, quizás se puede recurrir a su carácter más bien intrépido. Así se puede comprender mejor, no solamente el tono ingenuamente optimista que destila, sino, más específicamente, la inexperta petulancia de que hace gala (¿será por aquello de que 'la ignorancia es osada?'). Vista desde esta perspectiva, hay que leer su **Relación** con una muy especial precaución: la de evaluar cada una de sus afirmaciones a la luz de los conocimientos aportados por la literatura posterior, nacida de una mayor experiencia acumulada (tanto

colectiva como personalmente). Desde una perspectiva comparada, ante cada una de sus afirmaciones podemos comprobar que la inexperiencia del autor lo vuelve rotundo en sus afirmaciones e invencible en su arrojo. Pero todo esto no debería oscurecer el valor peculiar que, paradójicamente, lo individualiza: el entusiasmo apostólico y la falta de distancias reflexivas ante una realidad desconocida (su **Relación** es, en efecto, uno de los más tempranos testimonios jesuíticos de Mojos).

También vale la pena destacar que ya con la **Relación** de Aller quedaron delimitados los tres principales campos temáticos que, aunque en diversa proporción, llegarán a caracterizar la literatura jesuítica mojeña: el geográfico, el etnográfico y el histórico.

ESTA EDICIÓN

No conozco ningún dato que permita afirmar apodícticamente que la **Relación** sea un impreso europeo; con todo, tanto Medina (BHA, VI, 13-14, n° 6202) como Alden (1980, III, 269, n° 670/3) lo incluyen entre las piezas de procedencia tipográfica europea; y *a contrario*, Medina no lo incluye en su tipografía limeña. Ahora bien, dando por buena la adscripción a Europa, todavía quedaría por determinar en qué ciudad europea fue impresa: en este punto, Medina ni siquiera se atreve a mencionar una ciudad hipotética, mientras que Alden propone interrogativamente Madrid. Finalmente, surge la cuestión del año de la impresión, punto en el que difieren las opiniones: Medina se limita a colocar la pieza entre los impresos indatados del siglo XVII; Streit la sitúa entre los escritos de 1669; Alden, por su parte, afirma ser de 1670.

En la hipótesis de que se tratara de un impreso europeo, parecería que es Alden quien acierta. En efecto, partiendo de la fecha en que Aller afirma haber terminado su **Relación** («*Mobos, 9 de septiembre de 1669*»), podríase concluir que no hubo tiempo material para que el texto llegara en aquel mismo año a alguna imprenta europea y que, por tanto, sería por lo menos del año siguiente. Hay que reconocer, sin embargo, que la datación resulta problemática y discutible: no sólo porque nada excluiría un año de impresión posterior a 1670, sino sobre todo porque hay un pequeño enredo de por medio: por una parte, si en el encabezamiento inicial de la **Relación** leemos que la Misión de Mojos fue iniciada en 1668 y acaba datándola en «*9 de Setiembre de 668*» (ambos datos concordarían con el inicio del relato, que reza «*Aunque solos 25 días ha que estoy en esta Provincia de los Mobos*»); por otra, porque la fecha final de la pieza reza: «*Mobos, 9 de Septiembre de 1669*». Por tanto, sólo si Aller entró en Mojos el 16-VIII-1668, podemos dar por buena la fecha final de 9-IX-1668; y sólo entonces deberíamos descartar como erróneo el año 1669 final. Ahora bien, sabiendo como sabemos que Aller asistió a la Congregación Provincial de 1668 en Lima, es casi imposible que ya en agosto de ese año se encontrara en Mojos. Y si, a pesar de todo, diéramos por buena la hipótesis de 1668, aunque en términos absolutos se podría pensar en una impresión de 1669, todo me lleva a preferir 1670 como el primer año aceptable de datación del impreso.

La **Relación** de Aller fue reimpressa por L. Tormo en la revista **Missionalia Hispanica** (Madrid), XIII (1956) 375-380, basándose en el ejemplar de la Biblioteca del entonces Instituto de Cultura Hispánica y actual Instituto de Cooperación Interamericana (Madrid) (Tormo 1956, 372); nuestra edición reproduce también la versión de la edición príncipe de 1670, pero basándonos en el ejemplar de la biblioteca de la Real Academia de la Historia (Madrid), modificado de acuerdo a las normas editoriales que ya han quedado expuestas en la Introducción General.

[f. 1]



**RELACIÓN QUE EL PADRE
Julián de Aller, de la Compañía de Jesús, de la
Provincia del Perú y Superior de la nueva Mi-
sión de los indios gentiles de las dilatadas tierras
de los Mojos que confinan con las de Santa
Cruz de la Sierra y se dió principio por el año de
668 a instancias del Excelentísimo Señor Con-
de de Lemos, Virrey de dicho Reino, le hace al
Padre Luis Jacinto de Contreras, Provincial
reelecto de dicha Provincia del
Perú, su fecha a 9 de setiem-
bre de 668 [*¿sic pro: 669?*]**

[1. Llegada a Santa Cruz de la Sierra]

Aunque solos 25 días ha que estoy en esta Provincia de los Mojos, daré en esta breve relación a V. R. de lo singular y digno de noticias que he observado, para que si pareciere conveniente V. R. la pueda comunicar.

A los 28 de julio llegué a Santa Cruz y este mismo día llegó el Hermano Juan de Soto, cuya detención había ocasionado en los de San Lorenzo mucho cuidado, y a mí no me le diera poco el ver que cuantos encontré desde Chilón a San Lorenzo, sobre el no dar noticias, añadían recelos de algún acaso aciago. Vino el Hermano con diez canoas, muchos indios y, entre ellos, los principales Caciques de los pueblos más cercanos al nuestro y el del nuestro, a quienes así en nuestra casa como en San Lorenzo los agasajaron todos. Concluyeron ellos con los rescates que por las piezas de sus tejidos buscaban; y sin más esperar salieron de Santa Cruz y se fueron en cinco de las diez canoas; las otras cinco apenas se pudieron detener, porque una de ellas, con su gente, salió para su tierra seis horas antes que nosotros llegásemos al puerto, con que cuando llegamos al río, que fue a 4 de agosto, habiendo salido de [f. 1v] San Lorenzo a 3, solas cuatro canoas y 11 indios hallamos que nos esperaban. Dispúsose el embarcar el avío y las petacas, pero no pudo ser hasta cerca de medio día, porque las carretas que llegaron desde San Lorenzo sólo pudieron entrar hasta la Laguna del Totoral, que está del puerto como media legua.

[2. *Navegación a Mojos*]

Dispuesto todo para partir, se reconoció ser imposible el que se embarcasen en la ocasión cuatro soldados y un Cabo que el Gobernador de San Lorenzo, Don Sebastián de Salaverrieta y Arancibia, nos había dispuesto para el seguro y para lo que allá en la Provincia se ofreciese, todo por disposición del Señor Virrey, que escribió se lo encargaba. Y sin duda fue, si para nosotros acaso, para la Altísima Providencia de Nuestro Señor acertadísimo consejo, porque de unos cristianos fugitivos, que dicen fueron dos indios, se esparció una hablilla, que nosotros íbamos a engañar y a descuidar las gentes, para que después con el seguro entrasen los españoles y se apoderasen de ellos. Ésta es la voz que esparcen los viejos; y no les falta razón, por lo que en esta Provincia en que estamos sucedió años ha, y hay indios viejos que lo cuentan; y en esta ocasión hubo Cacique que lo creyó tan de veras, que de hecho envió a su pueblo para que los suyos se retirasen al monte y no nos recibiesen, pero Nuestro Señor lo dispuso mejor. Con que empezamos a navegar por el río abajo; a 5, día de Nuestra Señora de las Nieves, pasamos por las tierras de los Chiquitos y después, ya con más seguridad, se caminó por espacio de siete días hasta llegar al Paray [*sic pro: Piray*]. Todo el camino es muy apacible; a una y otra parte, bañados amenos; los tornos del río, muy penosos; caminóse cazando y pescando; encontráronse tigres, gamas, monos, pavas, capiguaras, lagartos o caimanes grandes; y aunque todo servía de alivio para los soles y calor, que en las cajas del río es grande, la pesca de una capiguara fue sazoadísima.

[3. *Caza de la capiguara*]

Es ella animal que paca en tierra y se recoge al río, del tamaño y cuerpo de un gran marrano; el pelo es algo alazán, raso y muy áspero el rostro y cara fierísima; y la cabeza y boca, disforme: tiene dos dientes arriba y dos abajo, tan fuertes y tan grandes, que parecen cuatro de caballo; las muelas y colmillos, a proporción; y por el miedo de los bocados, quedaban con grande cautela los indios en la caza de ella. Llegáronse con [f. 2] la canoa a la orilla en donde ella estaba y aunque al punto que los columbró se arrojó al río, no fue tan a su salvo que no le hubiesen ya clavado una flecha. Yo juzgué que estaba ya segura y habíamos perdido el lance, cuando se pusieron como en ala las canoas y, esperando como cuatro Credos, que es el espacio que ella puede detener el resuello debajo del agua, vimos que salía la pluma de la flecha que le habían clavado: allí asestaron la puntería y, apenas sacó el hocico, cuando le clavaron otra vez; de esta suerte, ella a zambullidas y los indios a flechazos, le emplumaron hasta con ocho flechas; rendida ella ya de dolor, quedó algo sobreaguada; asíéronla de un pie y no la sacaron hasta que se ahogó; luego la sacaron afuera y la vimos; partióse y a la noche se hicieron las barbacoas y se asó la carne y se repartió. Es de la misma laya que el marrano, tan gorda y tan grande, aunque el olor de marisco causa alguna ofensión, pero no ofende cuando hay hambre.

[4. *Prosigue la navegación*]

Llegamos al Paray [*sic pro: Piray*], en donde tuvimos la mayor batería de zancudos que espero tener en mi vida : en toda la noche [*¿no?*] se pudo dormir; al amanecer con el fresco se retiraron y nosotros hubimos de partir y, aunque en la canoa se podía compensar la falta del sueño así por lo apacible de la embarcación y su seguridad como por el fresco de la mañana, a poco trecho entró el calor y con el sudor, que no dio lugar al alivio que se buscaba. En fin, con esta penalidad fuimos caminando hasta entrar en la Provincia: fui viendo algunos pueblos, pero no

pudo ser despacio, porque los indios bogadores no veían la hora de legar a sus casas. Pasamos el río de las Palometas, seco, y llegamos al gran Mamoré, digno de este nombre, porque el Río Grande que llamamos en el Perú, en su comparación es del tamaño de una acequia: no lo creyera si no lo hubiera visto; entra apacibilísimo, el agua clara como el cristal (ya desde aquí comienza lo numeroso y fuerte de nuestros Mojos). Llegamos, entre otros, a un pueblo de un famoso Cacique llamado Yucu: salieron indios, niños y niñas, una chusma inmensa; llegaron a mi canoa, que estaba en el río algo distante de la orilla; y sólo el Yucu se llegó a mí y me cargó en brazos con tanto desembarazo como si cogiera un niño; al subir del río al pueblo, que está como los demás sobre barrancas, nos salieron a recibir con varios géneros de plantanos [*sic pro: plátanos*], yucas, frutas, aves y pescados; y queriendo tratar de hacernos de comer, no [*f. 2v*] lo admitimos, por pasar adelante. Llegamos a los pueblos de los famosos Meoje y Mateo, a cuyas instancias y petición, y más de Machir, estamos hoy en los Mojos. Era a boca de noche y no paramos; luego, navegando toda la noche, ...

[5. *Llegada a Mojos*]

... llegamos a casa a 16 de agosto, al rayar del día, en donde me salieron a recibir el Padre José Bermudo, casi muerto, convaleciente de una larga enfermedad, y hoy, cuando escribo ésta, está bueno y alentado, gracias a Nuestro Señor. Después de haber caminado por el río 120 leguas, desde que puse los pies en tierra hasta ayer, 8 de septiembre, la muchedumbre de naciones y lenguas que han venido, hasta gentes enemigas, tan seguras por el agasajo que se había divulgado, que no podré a V. R. significarle lo que vi. Camínose por estas llanadas inmensas con tanta seguridad, y solo uno de nosotros, como pudiéramos por Guayapacha, San Juan o el Callao; a todos los agasajé, les di de lo poco que traía, porque jamás pensé lo que vi; y les hablé por el intérprete que tenía y les dijo que, en sabiendo la lengua, iría a sus pueblos, a [*lo*] que todos respondieron que con mucho gusto me recibirían.

[6. *Primeras experiencias*]

Lo más raro es que una nación bravísima y enemiga de estos Mojos envió un Cacique amigo para que viniese en su nombre a que les admitiésemos por amigos y que una Señora les enviaba, que se les había aparecido de noche y les había dicho que fuesen al Padre Juan, que sabía ella que los admitiría. Este recaudo nos le dieron en secreto, por miedo de los Mojos; yo insté por el intérprete que en qué traje se les había aparecido y me respondieron que no la vieron, porque era de noche, pero que les había hablado y que así venían a ofrecerles la paz e ir a sus tierras, que están distantes de esta Provincia, de la cual, a más de algunos indios niños, que llevó el Cielo por primicia de esta nueva mies, murió Macusino, asistido del Padre José Bermudo, y supimos por lo menos de una buena lengua y un español, que atestiguan murió con grandísimas muestras de su salvación, porque le bautizaron y en breve murió.

[7. *Primer bautizo de una india vieja*]

Asimismo fue de mucho consuelo la muerte del Cacique Ibre, a quien asistió el Padre José Bermudo, que ya a V. R. da cuenta del caso; a nadie se ha bautizado sino *in articulo mortis*; y hoy aún no hay adulto alguno bautizado; es la primera sola una india, que está en este pueblo, muy vieja, estando ya a [*f. 3*] la muerte, que asegurándome el Hermano Juan que solas dos horas podía tener vida, porque ya le roncaba el pecho, la bauticé y pasó en esta forma: vinieron a avisar de que se moría la vieja; yo, echando mano del Catecismo, que ha días tengo hecho, en-

vié al Padre José; pero desde mi ventana oí que lo decía tan mal, que no era posible formase la india concepto de lo que le proponía. Con esto dejé lo que estaba haciendo y fui allá y yo mismo catequicé a la india; ella era viejísima, pero tan dispuesta del ingenio, que percibió lindísimamente todo cuanto se le propuso y de más a más le hice hacer actos de fe, de esperanza, de amor y de contrición; repetidas veces la dispuse y, antes de bautizarla, le volví a preguntar al Hermano Juan si le parecía mucho el riesgo. Díjome: ‘Padre, dentro de dos horas será muerta: bautízala’; y púsela por nombre Lucía. Pues la que esperaba para enterrar dentro de cinco horas, por su pie me vino a buscar y hoy lo está en nuestra cocina. Si ello fue milagro, no lo sé; lo que puedo asegurar es que yo la bauticé y no hice el milagro.

Están ya tan hechos los indios en cualquier achaque a llamar, que luego para ellos, hijos e hijas piden el Evangelio y que les toquemos las cabezas; así se hace y todos sanan: sea Nuestro Señor bendito.

[8. *Clima*]

El temple de la tierra es húmedo y caliente, pero sin moscas, ni pulgas, ni piques, ni vinchucas, ni garrapatas, ni jejenes; sólo hay zancudos; ahora dicen que tres meses en el año los hay en cantidad; allá lo veremos. El cielo es muy alegre hasta las diez del día; en el mayor calor se pasa bien; de allí hasta las cinco de la tarde es un horno; las noches, muy apacibles y claras, como las del Río Grande. A causa de este calor tan excesivo los indios e indias andan todos desnudos: las mujeres de edad de ocho a diez años se ponen un *typoy* que les cubre sólo lo que pide la decencia; piernas, muslos y vientre todo va al aire; en corriendo el [*viento*] Sur, que es violentísimo y frigidísimo, todos y todas remanecen vestidas con sus camisetas y *typoyes* y es necesario poner tres o cuatro frazadas en la cama; pero lo más raro es que dentro de dos o tres horas que cese el Sur, luego vuelve el calor como antes.

[9. *Costumbres indígenas*]

La gente es muy dócil, apacible y muy doméstica; el gentío y naciones, increíble. En fin, es un Nuevo Mundo dilatadísimo; en las llanadas, en toda esta tierra, no hay una piedra; el río corre [*f. 3v*] tan sereno y sosegado, que apenas se percibe hacia adónde va la corriente; todo el trajín es en canoas; la comida de ellos es yuca, mote, maíz, maní, plantanos [*sic*], pescado y venados que cazan, víboras de cascabel y otras áspides; hay tigres en grandísima abundancia, avestruces, gamas, venados, jabalíes, conejos, antas y otros animalejos, sin los que les sirven para el plato.

[10. *La lengua de los indios*]

La lengua es fácil: en 11 días la aprendí; y al Señor las gracias; sólo me falta copia, que el tiempo y Dios la dará, en quien he hallado especialísimo socorro para comprender su armonía, que es extraña. Tiene cinco claves de versos [*sic pro: verbos*], los cuales se reconocen, no por el final en que acaban, sino por una de las notas de que comienzan, que son *na, ne, ni, no, nu*; tiene todos los modos y tiempos; partículas, muchas y grandes; frecuencia de vocales; los vocablos, largos y pomposos; no tienen en su lengua L ni R fuerte, sino ligera, con verso de muda y líquida; tampoco D: pronuncian por T; todos los versos [*sic pro: verbos*] acaban en vocal. Tienen un estilo para cosas racionales; otro para todo lo que es no racional, aunque sea invisible; y otro para las mujeres; y asimismo tiene por nombres propios para cada estilo; la lengua que más me ha ayudado para esto ha sido la chiriguana o guaraní: tiene muchos hispanismos, las transicio-

nes son muy fáciles; dos cosas solas la hacen difícil: la falta del verbo *sum* y el comerse los indios muchas sílabas; y el tropiezo donde ofende la lengua guaraní, que en los tiempos de los verbos hay mucha mudanza de letras, si bien es verdad que queda siempre invariable la primera sílaba del verbo y la nota que le antecede; ella es hermosísima y copiosa, menos para cosas sagradas.

[11. Ausencia de idolatría]

No tienen rastro de idolatrías ni adoración alguna; conocen a Dios y confiesan su divinidad; a Dios le llaman *Maymona*, que según la frase de su lengua, vale ‘el que lo mira’. Nuestro Señor me ha dado tal presteza en percibirla, que la puedo hoy enseñar; la copia no la tengo; ésa costará trabajo; pero es poco en habiendo reglas.

[12. Primer catecismo]

Según ellas he hecho las Oraciones y Catecismos y todo lo demás tocante a los Misterios de la Fe; y hecho todo, se lo leí a un indio muy entendido, el cual lo escuchó con grandísima atención y, acabado, dijo: “*Tiuri, Tiuricucha*”, que es: ‘bueno, muy bueno’. Entonces le hice decir por el intérprete que a enseñar- [f. 4] les aquellas cosas había venido, que viese si quería que se las enseñásemos los Padres y que para eso estábamos en sus tierras. Respondió que sí, de muy buena gana y ya empiezan en su lengua a saber los niños los Misterios y Catecismo de nuestra Santa Fe; y en sabiendo el Hermano Juan de Soto, cuidaré yo de la escuela y los ad[?]estraré en las Oraciones y resto del Catecismo.

[13. Etnias deseosas de recibir a los Padres]

Entre las gentes que quieren ser cristianas hay dos naciones y cada una de ellas tiene su lengua; no me embaraza eso, porque, en dejando yo aquí Padres que hablen la lengua moja, y solo, con dos o tres indios, partiré allá y en breve la aprenderé con la gracia de Nuestro Señor.

[14. Vida política]

Vamos ahora a su política. Los Caciques, que en su lengua llaman *Chechaco*, no tienen jurisdicción alguna sobre la gente de sus pueblos; sólo en la ocasión de la guerra es cuando gobierna, capitanea y manda; en el resto de estas acciones, todo es lo que cada cual quiere; verdad es que siempre les tienen respeto. Las cortesías entre ellos son cuando llega una tropa de indios a un pueblo, siéntase el Cacique o Principal de los que vienen en un asiento de madera; los demás en el suelo. Y cuando van viniendo a darles la bienvenida a cada uno, señalándole con el dedo, les dicen: *Bechuaca*, ‘quedaos sentados’; y él responde una palabra entre dientes, que jamás he podido percibir; cuando se encuentran por la mañana se dan los buenos días con esta frase: *Piamigopoy*, que vale ‘ya has abierto los ojos’; en el resto del día se dan y saludan con decir ‘*Pitiar?*’, ahí estás, o *Pitiapoy*, ya has venido; continuamente se están alabando, cosa ridícula y [que] me causa extraña novedad, en gente tan ruda, tanta y tan vana locura.

[15. Monogamia generalizada]

Viven con grandísima paz y raro es el indio que tiene dos mujeres; y si alguno las tiene, es a escondidas; las indias casadas por rara maravilla se sabe hagan traición a sus maridos; ello es cierto, que está la Provincia muy dispuesta para la luz del Evangelio.

[16. Peligro de inundaciones, urbanismo, arte textil y ornamentación femenina]

Todos estos pueblos o rancherías están sobre las barrancas de los ríos; pero ellos crecen tanto y, por otra parte, las lagunas que tienen de la banda del mediodía a los pueblos se extienden de suerte que casi en todos los pueblos entra cada año el río. Son las casas de vahareques, limpi-simas; las en que duermen están siempre como una plata, porque sólo hay hamacas, [f. 4v] en que duermen; y hasta a los enfermos les obligan afuera a socorrer a la naturaleza en sus necesidades. En otra casa grande viven, hilan y guardan sus trastecillos; su labor es algodón; tejen e hilan con mucho primor; y en San Lorenzo tienen mucha codicia de los tejidos de éste y otros pueblos. Las galas son sargas de chaquiras, visotes y clavos de plata o estaño en sus narices y labio inferior; y por eso desde que nacen luego les labran labio, narices y orejas; otras tienen planchas grandes de plata en sus pechos, pendientes del cuello; las cunas de los niños son muy hermosas, hechas de cañas, con unas ristras de caracolillos de las lagunas, que sirven como cascabeles y con eso adormecen al niño; acostumbran a darles de mamar hasta cuatro o cinco años. En todos los pueblos es increíble la chusma que hay.

[17. Despedida]

Éstas son, mi Padre Provincial, las noticias que en tan breve tiempo como ha que estoy, he adquirido; para el año que viene irán más y mejores. Entretanto V. R., como a Padre de esta Misión, no la olvide, sino que la encomiende a Nuestro Señor.

Mojos, 9 de septiembre de 1669 [*sic pro: 1668?*].

Julián de Aller